

# EL “SIGNO DE LOS TIEMPOS” EN EL DEVENIR DEL TIEMPO HISTORICO

El Salvador de 1960 a 1994:  
crisis, guerra, transición.<sup>1</sup>

Ricardo Ribera

## 1. Dialéctica entre factor determinante y factor dominante.

En pleno período de transición es ampliamente aceptada en El Salvador la frase “los tiempos han cambiado”, así como el argumento de que determinados planteamientos ya no están acordes con “los nuevos tiempos” o que son posturas propias de “tiempos ya pasados”. ¿Qué hay detrás de esas expresiones? ¿Se trata de algo más que de una simple intuición? ¿En qué consiste ese “cambio” en los tiempos? ¿Qué es en concreto ese “algo” que ha cambiado?

Nuestra inquietud no es nueva: parecida problemática está expresada desde principios del siglo XIX. La encontramos en Hegel, quien conceptualizó como “espíritu de una época” su apreciación, que compartimos, sobre este carácter cualitativo del tiempo histórico. En ese concepto hegeliano nos hemos inspirado para elaborar nuestra categoría, a la que llamamos “*el signo de los tiempos*”. Preferimos esta expresión al término “espíritu” utilizado por Hegel por su menor carga idealista y por parecernos que refleja adecuadamente —como “signo” que comporta un significado— que mediante ella encontramos sintetizada la “significación” de una determinada época o período.

Aunque nuestro concepto es de raigambre más hegeliana que marxista, no debemos omitir que guarda bastante similitud con la categoría marxiana de "factor dominante". Marx distinguió entre un factor determinante, que sería siempre lo económico, del elemento dominante en una sociedad: en la ciudad-estado griega era dominante la política, en el mundo romano el derecho habría sido el elemento dominante, en el feudalismo dominaría la religión, mientras en la sociedad burguesa el elemento económico sería, por primera vez en la historia, factor determinante y a la vez factor dominante. De ahí que, según Marx, en la sociedad moderna las relaciones económicas se presentan "al desnudo", aparecen directamente al descubierto, favoreciendo que desde este estadio del desarrollo histórico puedan en verdad comprenderse las leyes que determinan el desarrollo social y el carácter determinante de la economía, incluso para estudiar formaciones sociales anteriores, en las que lo económico permanecía enmascarado y oculto tras otros elementos que jugaban el papel dominante.

Se comprende así que en la sociedad esclavista o en el feudalismo los hombres desconocieran el papel determinante de las relaciones económicas y el carácter de clase del poder político, cosa que no podía ser de otra manera, pues su conciencia social estaba limitada ("determinada") por la propia estructura económica y social imperante en su tiempo histórico concreto. También Hegel, quien elaboró su obra en un estadio todavía incipiente del desarrollo capitalista, habría desconocido la determinación económica y la consiguiente lucha de clases como motor de la historia, por lo que de ahí derivaría, según Marx, su incapacidad para descubrir las leyes del desarrollo histórico.

Ahora bien, debemos hacer dos precisiones acerca de esas tesis marxistas. En primer lugar, debe subrayarse que Marx trató el tema desde la perspectiva del muy largo plazo, desde el punto de vista de los sucesivos modos de producción y de la transición de uno a otro, para mostrar los consiguientes cambios cualitativos. No hizo uso de estos conceptos —factor dominante y factor determinante— en sus trabajos historiográficos de corto o mediano plazo,<sup>2</sup> cuando el lapso temporal objeto de estudio no era de varios siglos, sino de unos pocos lustros o de sólo algunos años. En segundo lugar, cabe hacer notar que Marx se refirió siempre a lo económico como

determinante *en última instancia*: ello le bastaba para oponerse desde una posición materialista al idealismo hegeliano.<sup>3</sup> Sin embargo, la misma expresión “en última instancia” indica que Marx pensaba en la existencia de otros niveles anteriores de determinación, de otros factores que jugarían el papel determinante “en primera” o “en segunda” instancia. Pero Marx guardó silencio al respecto; lamentablemente, pues ello ha constituido una insuficiencia analítica del marxismo, del llamado “materialismo histórico”, agravada por aplicaciones a menudo dogmáticas y economicistas por parte de muchos seguidores de su doctrina.

En nuestra opinión, tratar de llenar esta laguna, formulándonos la pregunta sobre la determinación en primera y en segunda instancia, no tiene por qué conducirnos forzosamente a una posición anti-marxista, sino que puede constituirse en un intento por un “más allá”, hacia un desarrollo de dicha teoría o, mejor dicho, en la exploración de un “más acá”, hacia una recuperación e integración de aportes previos de Hegel, cuyo pensamiento filosófico constituye una de las raíces principales de la teoría marxista. Ello significa orientarse teóricamente en un sentido dialécticamente superador del hegelianismo y del marxismo. Encontramos en Hegel una preocupación que no se planteó Marx: la pregunta por el carácter de la época, la cuestión de cómo caracterizar el tiempo histórico, desde la preeminencia que este pensador le concedía a la percepción colectiva del mismo —a la autoconciencia—, es decir, a *la ideología de la época* como categoría conceptual a considerar y problema teórico a resolver. Hegel aplicó también ese enfoque para el corto y el mediano plazo, como se aprecia, por ejemplo, en sus abundantes reflexiones y observaciones sobre la revolución francesa, de la que fue coetáneo.<sup>4</sup>

Por nuestra parte, proponemos considerar que *el signo de los tiempos* para un período concreto queda determinado por *el factor dominante* en dicha etapa. La dominancia en el período vendría dada porque el mencionado factor dominante ejercería una *determinación en primera instancia* sobre las demás dinámicas históricas a lo largo de ese lapso temporal. Ahora bien, ¿qué determina cuál será el factor dominante en un período concreto? El factor dominante, *determinación primera* del período, sería a su vez determinado por un elemento o dinámica a la que llamamos *factor*

*determinante*. Este jugaría respecto al conjunto del período y hacia cada una de las dinámicas históricas el papel de *determinación en segunda instancia* o sobredeterminación. Veamos, a fin de que resulte más claro para el lector, cómo se aplicaría dicha propuesta metodológica a un período concreto de la historia salvadoreña. Examinemos para este propósito lo que fue la década de los 60 en la historia de El Salvador.

En un marco internacional marcado por el recrudecimiento de la guerra fría y —a nivel latinoamericano— por la conmoción continental que supuso el triunfo de la revolución cubana y su rápida definición por el campo socialista, *lo político* pasó a jugar un *papel determinante* en El Salvador de ese tiempo. La clase dominante salvadoreña, en una orientación que resultaría coincidente con la que la Administración Kennedy mediante la Alianza para el Progreso, ALPRO, trazaba para toda América Latina, emprendió una serie de reformas al sistema político, de bastante profundidad, a fin de lograr estabilidad para el régimen y un mayor grado de preservación frente a la “contaminación ideológica” que la presencia de la revolución triunfante en el Caribe hacía temer. Fue aprobada una nueva Constitución, la de 1960, de un mayor contenido liberal que permitiera superar el autoritarismo heredado de la época de Martínez; se legisló en el sentido de propiciar una apertura del sistema político; se favoreció la creación de nuevos partidos políticos, incluidos los de tendencia claramente opositora; se estableció el sistema de representación proporcional en la Asamblea Legislativa, abriendo la puerta para la lucha política de la oposición en el marco del poder legislativo. De esa época data, efectivamente, la fundación del Partido Demócrata Cristiano salvadoreño, PDC, de una formación política adscrita a la Internacional Socialista, el MNR, Movimiento Nacional Revolucionario, así como de otros partidos de izquierda, centro y derecha, destacando la creación de un partido oficialista de nuevo tipo, de corte originariamente populista, orientado al reformismo y con estructura organizativa permanente, el Partido de Conciliación Nacional, PCN.

Los cambios políticos, sin embargo, por más que pudieran significar por sí mismos un cierto alivio a las fuertes tensiones presentes en la sociedad salvadoreña, carecerían de base si no iban acompañados de importantes cambios económicos, dado el evidente

agotamiento del modelo económico agroexportador centrado en el café que venía rigiendo la economía de El Salvador desde las últimas décadas del siglo pasado. En este sentido, el factor determinante del período estaría determinando que *lo económico* tomara el lugar de *factor dominante*, lo que se mantuvo prácticamente durante toda la década de los años 60. Desde la clase dirigente hubo un esfuerzo considerable por concebir los perfiles de un nuevo modelo que pudiera sustituir al anterior, dándose impulso a una política regional propiciadora de una cierta modalidad de integración económica centroamericana; ese intento resultaría yuxtapuesto por el intervencionismo norteamericano, receloso de la posibilidad de que los países centroamericanos alcanzasen ciertos márgenes de independencia económica, hasta cristalizarse desde ambas orientaciones la configuración de lo que fue en concreto el Mercado Común Centroamericano, MERCOMUNCA. El Salvador adoptó el modelo industrializador sustitutivo de importaciones como la fórmula para lograr la superación de la crisis estructural y el reemplazo del agotado modelo económico del café. La temática económica dominó claramente a lo largo de todo el período en mención, marcando el respectivo *signo de los tiempos* de aquella época. Así fue, tanto durante la primera parte de la década, cuando El Salvador cosechaba importantes éxitos económicos a nivel de la región, como en los últimos años, cuando afloró la crisis del esquema, hasta terminar el experimento abrupta y dramáticamente con el estallido de la guerra con Honduras.

Interesa observar la *relación dialéctica* que se establece entre factor determinante y factor dominante, en un movimiento que, desde una inicial armonía y complementariedad entre ambos, hará surgir la oposición y contradicción entre ellos, hasta que el factor dominante adopte la forma de *la negación* respecto a la afirmación representada por el factor determinante. En este mismo movimiento *se invertirá* también la relación entre lo determinante y lo determinado, pasando el factor dominante a determinar finalmente al elemento que llamamos factor determinante del período, superándolo y retirándolo en último término de la escena. Siguiendo con el período que hemos tomado para ejemplificar nuestra propuesta teórica: el desarrollo concreto del nuevo modelo económico fue tomando un claro carácter clasista, negador de la

pretensión "nacional" de la reforma política, a la que supuestamente debía acuerpar y posibilitar; ni siquiera el conjunto de la clase dominante, sino sólo un reducido grupo de presión compuesto por financieros e industriales exportadores, veía en el modelo la concreción de su interés clasista, negándose en la práctica el discurso político centrado en la exaltación del "interés de la Nación". Es más, el desarrollo del elemento económico, factor dominante del período, entraba en choque con la apertura materializada por la dinámica política, factor determinante del mismo. La limitada democratización del sistema político no sólo fue bloqueada sino también revertida, ante las crecientes tensiones que lo económico provocaba, generando el ascenso de la *dinámica social* como nuevo *factor dominante*, negador a su vez de la dominancia económica del tiempo anterior: *la crisis social* caracterizaría el nuevo período, claramente desde 1969, y constituiría el nuevo *signo de los tiempos*. La apertura política había sido barrida de su rol inicialmente determinante de lo coyuntural, con lo cual termina la década con un signo histórico *contrapuesto* totalmente al signo con el que comenzó. En la siguiente fase lo económico, *la crisis económica*, aparecerá como el *factor determinante* del cual se desprende el carácter dominante del elemento social, es decir, *la conflictividad social* como *factor dominante* de las siguientes coyunturas.

Saquemos ahora algunas conclusiones generales de tipo teórico, a partir de la interpretación que acabamos de describir sobre la etapa de los 60 en El Salvador. Hemos visto cómo el desarrollo coyuntural encontraba su salto cualitativo en el agotamiento de una etapa y en el paso a la siguiente, lo cual tiene la forma de un movimiento interno, de carácter dialéctico, a partir de la relación establecida entre factor determinante y factor dominante. El factor determinante es el que determina en un inicio cuál de las dinámicas históricas asciende a factor dominante del período. Posteriormente, la relación dialéctica se concreta en su oposición mutua, el factor dominante se convierte en la negación del factor determinante, y termina determinando su superación introduciendo a un tercero. Esta nueva dinámica que ha entrado en escena, negación de la negación, asumirá como factor dominante del siguiente período, colocándose el antiguo factor dominante en el lugar del factor determinante o determinación en segunda instancia. Tenemos pues

el momento de la afirmación, el de la negación y el de la negación de la negación, determinando en ese movimiento dialéctico una periodización con perceptibles saltos cualitativos en los que la percepción colectiva identificará con claridad "el cambio en los tiempos". El nuevo signo de los tiempos volverá caduco lo que antes fue dominante —esperanza y convicción de masas—, que posteriormente se revela como ilusiones del pasado, esperanzas sin fundamento, ingenuidad ya superada o simple espejismo de la conciencia, que no supo captar en su momento la marcha real del proceso, el cual muestra ahora una nueva "verdad".

Lo más importante al poner en práctica nuestro esquema interpretativo será mostrar cómo el factor dominante, determinado en un momento anterior por el factor determinante, desarrolla con éste una relación dialéctica por la cual en un momento posterior "se rebela" contra aquella determinación, desarrolla su propia autonomía, se genera en él un movimiento de oposición, hasta aparecer como la negación del factor determinante. De esta tensión contradictoria entre los dos primeros elementos se desarrolla uno nuevo, un tercero, que inicialmente parece consecuencia lógica del factor dominante, juega el papel de aliado suyo en su mutua negatividad del factor determinante, pero posteriormente alcanzará a su vez su propia autonomía, revelándose asimismo negativo contra el factor dominante, por lo cual se constituye finalmente en el momento síntesis, en la negación de la negación. Este es un momento superador de los dos momentos anteriores y generador del nuevo período que, con un diferente signo de los tiempos, anula la credibilidad y vuelve caduco el tiempo anterior ya realizado, revela como ideológica a la ideología dominante del período ya sobrepasado, la cual queda superada en la conciencia colectiva. Se obtiene así el efecto de que el pasado nos aparezca en su carácter de pasado, cualitativamente diferenciado de un presente que, en perspectiva histórica, no es sino pasado inmediato. De ahí la naturaleza contradictoria del tiempo histórico, que presenta la continuidad como rasgo esencial, pero que contiene asimismo la discontinuidad, por la que elaboramos periodizaciones que no son caprichos del investigador, sino que reflejan reales saltos cualitativos.

Con la victoria dialéctica del tercer elemento que se eleva como nuevo factor dominante, *el tiempo cambia su signo* y se entra a una

nueva fase. El antiguo factor dominante no desaparece de la escena, sino que sigue sobredeterminando, desde una segunda instancia, —como el nuevo factor determinante—, la marcha del tiempo histórico, en relación dialéctica y contradictoria con el signo dominante del período. Cabe advertir que no podemos desde el esquema de dicho movimiento dialéctico prever a futuro cuál será la dinámica que se alzarán a la calidad de factor dominante. Aceptemos con ello la humilde conclusión filosófica de Hegel: sólo lo ya realizado puede ser objeto del saber, ocupación del análisis científico, y debe dejarse la predicción al oficio de profetas y adivinos, que nunca faltan. El futuro, un tiempo histórico de naturaleza siempre abierta, resultado del quehacer creativo del hombre, cuya acción significa siempre un “inventar el futuro”, permanecerá siempre desconocido y —más allá de la identificación de ciertas tendencias, potencialidades y posibilidades— queda afuera de nuestro campo de análisis. Sin embargo, una adecuada comprensión del pasado y de la dinámica dialéctica que presidió su movimiento, puede ayudarnos para participar más eficazmente a su advenimiento.

Veamos ahora cómo podemos aplicar nuestra conceptualización teórica a la historia concreta de el Salvador, más allá de la década que analizamos a guisa de ejemplo, de modo que abarquemos 35 años de historia salvadoreña: desde 1960 hasta 1994. El interés que nos empuja es el de lograr caracterizar adecuadamente nuestro actual tiempo de transición, descifrar su signo, perfilar cuál es su sentido y su lógica en el marco del macro-proceso histórico del “quo vadis” El Salvador, es decir, tratar de describir el horizonte histórico de nuestra realidad nacional. Hacia dónde se encamina nuestra nación es una pregunta esencial, que evidentemente no llegaremos a poder resolver, pero en la medida que contribuyamos a volver conscientes ciertos procesos que se desarrollan en la sombra, y consigamos iluminarlos, en esa medida estaremos aportando a comprender la realidad en una mejor forma, a partir de lo que de racional tiene lo real; aportando también a que lo verdaderamente racional —una auténtica convivencia social y una vida más humana para todos los salvadoreños— cobre estatuto de realidad. “Lo real es racional, lo racional es real” —afirmaba Hegel, enigmático—, idea que si la consideramos como ya realizada tiene

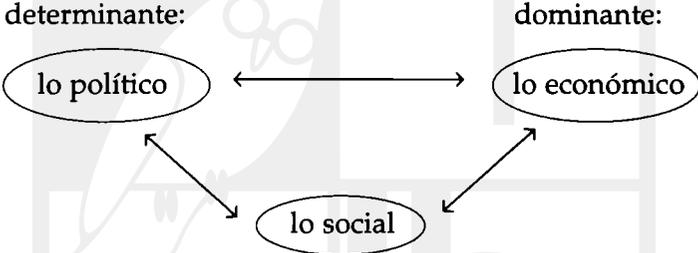
visos de reaccionaria, pero que entendida como ideal utópico puede ser totalmente progresista, en el sentido de conferirle una orientación consecuente al accionar colectivo, que parta de una conciencia de responsabilidad histórica. El legado que dejemos a las próximas generaciones de salvadoreños es nuestra específica responsabilidad, la de las actuales generaciones, que han vivido y protagonizado un tiempo histórico en ebullición, con un "tempo" acelerado, según un "ritmo histórico" apasionantemente febril, como lo denota la apresurada periodización histórica que queremos precisar, desde un trópico que se nos presenta cargado de futuro.

## II. Periodización ideológica del proceso salvadoreño: 1960 a 1994.

El esquema que hemos descrito para la década de los 60 podría sintetizarse en la siguiente forma:

### 1ª fase:

(1960-69)

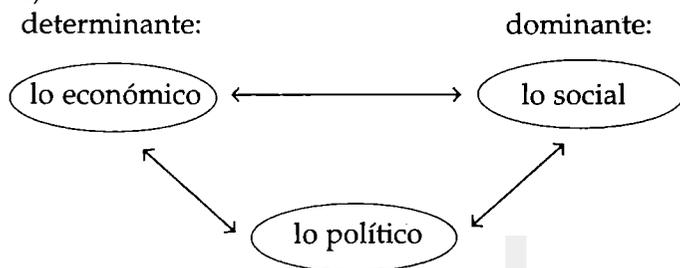


El siguiente período consideramos que abarca desde 1969 hasta 1972, año de elecciones en El Salvador, en el que se enfrentaron el partido oficial de la época, el PCN, con un bloque de fuerzas opositoras con un programa alternativo al régimen, la Unión Nacional Opositora, UNO. Esta estaba compuesta por el PDC, el MNR y la UDN, formación política ésta última penetrada y dirigida por los comunistas salvadoreños.

El esquema dialéctico de este nuevo período será el siguiente:

## 2ª fase:

(1969-72)



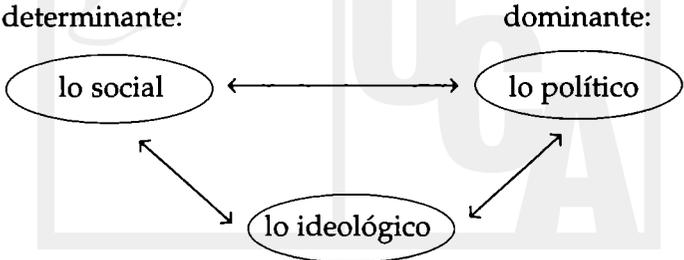
La guerra con Honduras revela lo profundo de la crisis social que se había venido gestando a lo largo del período anterior, con la expulsión masiva de campesinos despojados de sus tierras que emigran en grandes cantidades a las ciudades, engrosando las filas del desempleo y los cinturones de miseria urbana, y alimentando una migración externa de grandes proporciones, factor que incidirá directamente en desencadenar el conflicto bélico con el hermano país. La guerra, con el resultado del retorno masivo de salvadoreños residentes en Honduras, expulsados o forzados al regreso ante la campaña de terror chovinista desatada contra ellos, viene a agravar aún más el cuadro de la crisis social en El Salvador.

Con ello, el factor social ha pasado a ser elemento dominante de la nueva coyuntura. Este anula totalmente el esfuerzo político anterior de flexibilización del sistema siendo su lugar como factor determinante ocupado ahora por lo económico, desencadenante a su vez de la creciente conflictividad social. Este elemento marca el nuevo signo de los tiempos, dividiendo a la sociedad salvadoreña en dos bloques antagónicos, que pronto encontrarán expresión política. La tensión social va entrando en contradicción con su determinación económica, en la medida que genera el rechazo del proyecto de un nuevo modelo económico nacional, el cual aparece despojado de su apariencia y es percibido ahora en su real carácter parcializado y de clase. En el nuevo tiempo que se anuncia sólo tendrán vigencia, ante la conciencia de masas, proyectos surgidos de la identificación clasista, bien sea a favor del sector dominante económicamente, bien sea orientados hacia las mayorías populares.

De la contradicción entre el factor económico y el social, entre el factor determinante y el dominante, surgirá el elemento político como síntesis dialéctica de esa oposición, tendiendo la creciente politización a elevarse como el nuevo signo de los tiempos. La campaña electoral presidencial de 1972, polarizada en extremo y la confrontación subsiguiente exacerbada por el descarado fraude electoral que comete el régimen, marcará un punto álgido en esta tendencia y determinará el salto al siguiente período, fase tercera de nuestra periodización, que iniciamos en 1960. Mientras la segunda fase tuvo al principio en la unidad nacional y en la idealización de la patria —confrontada con el enemigo externo y victoriosa militarmente— un repunte ideológico, termina sustentando a su contrario dialéctico, generándose una percepción colectiva de que El Salvador no es una, sino dos naciones. Su sustancialidad respectiva quedaba sintetizada en el programa y conceptualización del PCN y de la UNO; tal como en su momento demostró brillantemente Ellacuría, entre partido oficial y oposición había dos concepciones antagónicas de la idea patria.<sup>5</sup> De tal forma, el proceso histórico pasará de la polarización social a la política, perfilándose en la fase que se inicia en 1972 que el elemento ideológico va a entrar en escena, como factor síntesis a desarrollarse durante el período.

**3ª fase:**

(1972-75)



El surgimiento y desarrollo de las organizaciones de masas, a partir de sindicatos, gremios y asociaciones de diverso tipo, irá en escalada hasta incorporar en el movimiento popular a segmentos de prácticamente la totalidad de sectores sociales. También el

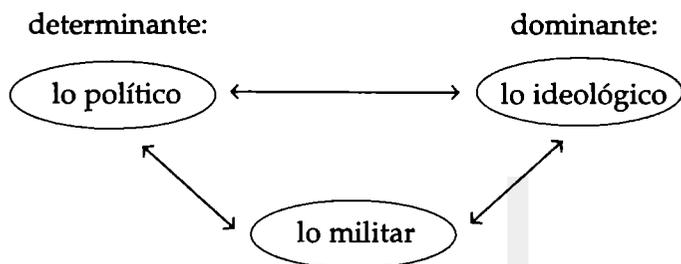
régimen incrementará el proceso de organización de su base social, que tendrá posteriormente una expresión concreta en la Organización Democrática Nacionalista, ORDEN, estructura represiva de carácter paramilitar, compuesta mayoritariamente por campesinos fanatizados en el anticomunismo.

Este factor social opera con carácter de factor determinante a lo largo de esta fase y sobredetermina la politización creciente, que se revela como nuevo factor dominante que marca el signo de los tiempos. Poco a poco la sobrepolitización genera un cierto distanciamiento respecto las raíces sociales del movimiento, se da un tensionamiento entre dinámica social y política, fruto del cual tiende a quedar superada la primera. Ya no importará tanto la pertenencia a un grupo social determinado o los intereses inmediatos del mismo, como el compromiso político, el posicionamiento asumido y la disponibilidad para la militancia. Uno y otro bloque político se dirigen y consiguen integrar en sus filas a gentes de procedencia social bien diversa; como consecuencia de ello hay familias que quedan divididas por razones de militancia política contrapuesta, caseríos y cantones vecinos que pasan a ser enemigos irreconciliables por la afiliación masiva con uno u otro bando. Si es que se puede hablar de "lucha de clases" en El Salvador, ésta habría que entenderla estrictamente por el carácter de la confrontación, pues en los hechos no se da propiamente una lucha de pobres contra ricos, sino más bien de pobres contra pobres, adoctrinados, fanatizados a veces y, en buena medida, manipulados por los poderes políticos.

La sobrepolitización va abriendo paso a la sobreideologización y se muestra crecientemente hostil al origen social de la conflictividad y distante de los concretos intereses de clase y de la raíz social de su propuesta política; así por ejemplo, cada vez más el interés se centra en el movimiento por el movimiento, la lucha por su valor en sí misma, resultando para la conciencia sobrepolitizada prácticamente indiferente si mediante ella se obtuvieron o no las reivindicaciones planteadas por las bases sociales.

#### 4ª fase:

(1975-79)



En esta nueva fase lo ideológico, el debate político-doctrinario y la ideologización de grandes masas de salvadoreños, se han constituido en factor dominante del período. En 1975 surge el FAPU, Frente Antiimperialista Popular Unificado, el cual fracasará en su proclamada intención unificadora, señalando la preeminencia de lo ideológico sobre lo político; los siguientes frentes de masas, que nacen adscritos desde su misma fundación a concretas siglas partidarias (BPR, LP-28, Ligas) expresan asimismo esa realidad.

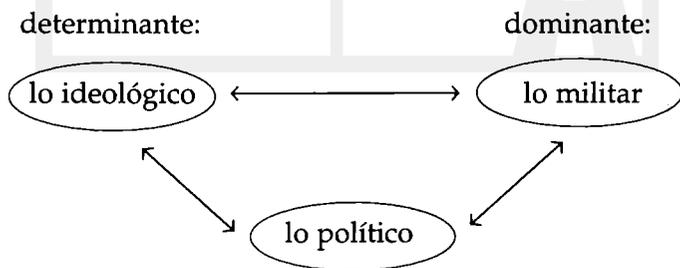
El inicio de la escalada represiva, desde el homicidio del líder sindicalista y diputado comunista Rafael Aguiñada Carranza, hasta las primeras masacres de campesinos, pasando por el asesinato del padre Rutilio Grande y de otros sacerdotes de la autodenominada iglesia popular, muestran la tendencia del elemento sobreideologizado a derivar en violencia política, cuya máxima expresión será de naturaleza propiamente militar. El paulatino auge en popularidad de la guerrilla, recién constituida en 1970-71, hasta su espectacular crecimiento y activismo de masas a partir de 1977, son prueba de esa militarización de la política y de la ideología, que del lado del régimen se despliega en el creciente protagonismo de ORDEN y de las redes de escuadrones de la muerte, hasta culminar en la abierta participación del ejército y de los cuerpos de seguridad en las acciones represivas. La muerte de Roque Dalton, ajusticiado por sus ex-compañeros debido a una disputa de tipo ideológico, así como la de Regalado Dueñas y de otros miembros de la clase dominante, secuestrados y posteriormente asesinados aún en los casos de haber pagado el rescate exigido, prueban

suficientemente que no es una exageración hablar de que en ambos bandos —no solamente desde el terrorismo de Estado— se dio una militarización de la ideología, lo cual tenderá a eliminar el factor propiamente político de la escena histórica, siendo sustituido por lo ideológico en su carácter de factor determinante.

En este sentido, la tendencia del período anterior a que el conjunto de fuerzas de la oposición confluyeran en un solo bloque, a partir de su identificación con la base social popular, ha resultado anulada, primero por el desplazamiento del factor social del carácter determinante que tuvo en la fase previa, después por la contradicción que introduce el factor ideológico, desde su posición de dominancia del período, respecto a lo político. La izquierda, por ejemplo, pareciera olvidar por ratos quién es y dónde se encuentra su enemigo, pues dedica más tiempo, esfuerzos y papel impreso a un desgastante debate ideológico, en el que cada vez más el tema de la vía de la revolución y de las formas de lucha —armada o electoral— se van convirtiendo en centro de la polémica. Cualquier esfuerzo unitario, en esta tensa atmósfera sobreideologizada, está condenado al fracaso. Después del fraude electoral de 1977, la militarización es una realidad creciente, que se vuelve del todo dominante a partir de 1979, marcando el vuelco a otra fase con un nuevo signo de los tiempos, el signo fatal de la guerra civil, algo que en ese momento es visto en forma incluso entusiasta por buena parte de la población, que pone en ello su esperanza de una definición militar rápida y de una superación definitiva del desgarramiento que padece la sociedad salvadoreña.

#### 5ª fase:

(1980-84)



En ese tiempo en que estalla abiertamente el conflicto armado, es claro que lo militar se ha constituido en el factor dominante, determinado a su vez por la sobreideologización heredada de la fase anterior. El triunfo de la revolución sandinista en julio de 1979 no viene sino a precipitar esa tendencia al conflicto militar, la cual ya no puede ser neutralizada por el golpe militar reformista de octubre de ese mismo año. El tema de la lucha armada se ha convertido en el punto de definición para las fuerzas de izquierda. El P. Comunista se aleja de su práctica electoralista y hace un viraje, creando su propio brazo militar, propiciando su reconciliación con las organizaciones político-militares de extrema izquierda, que suman ya cuatro movimientos guerrilleros. Tras el primer acercamiento con FPL y RN, y a fines de 1980 con ERP y PRTC, se fundará conjuntamente el FMLN. De los antiguos aliados de la UNO, socialdemócratas y socialcristianos de izquierda escindidos del PDC, surgirá el FDR, marginado de la unificación revolucionaria, no tanto por una diferenciación ideológica, que es mínima, sino por su no participación directa de la lucha armada.

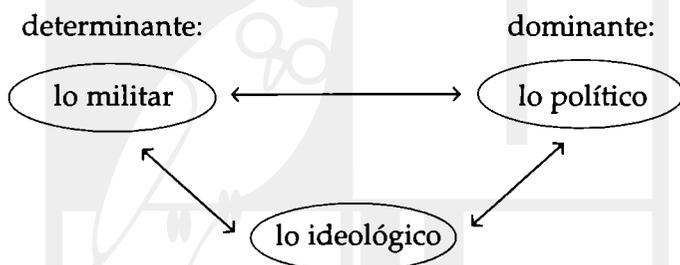
Tras el asesinato de Monseñor Romero en marzo de 1980, en el país cristalizó un momento insurreccional que es desaprovechado por la vanguardia, que se muestra en rezago respecto la disposición y combatividad de las masas, absorbida como está en su esfuerzo de unificación y de preparación logística de una planificada "ofensiva final". Esta se efectuará, tardía y mal organizada, en enero de 1981, pocos días antes de la toma de posesión del nuevo Presidente estadounidense, Ronald Reagan, y cuando en El Salvador el terrorismo de estado ha diezmado, desorganizado y desmovilizado al antes fuerte y agresivo movimiento popular. La insurrección de masas, varias veces aplazada, será imposible en esas condiciones, y el proceso derivará fatalmente hacia una larga y extenuante guerra civil. La izquierda organizada tendrá desde entonces grandes dificultades para "conectar" de nuevo con la amplia base social que la había acompañado en fases anteriores, la vanguardia militarizada más bien se va a ir "desconectando" del movimiento de masas.

Lo bélico evoluciona en este período hacia una guerra cada vez más regular, donde predomina el objetivo del aniquilamiento de las fuerzas contrarias; el esquema es de una auténtica guerra total.

Sin embargo, toda guerra necesita de políticas que la acuerpen, y es así cómo de parte insurgente se desarrollará una política de diálogo-negociación, mientras del lado gubernamental se responde con una política electoral. En la medida que el conflicto se alarga aumenta la intervención de potencias extranjeras y aparece también una tendencia a ir politizando la guerra. La estrategia de victoria militar de cada parte se vuelve cada vez más compleja, incluyendo componentes de guerra psicológica, propaganda, disputa del apoyo de masas, política de alianzas, de finanzas, logística, diplomacia, etc. Esa tendencia tendrá un vuelco decisivo con la intervención norteamericana que, ante los duros reveses, principalmente a lo largo de 1983, sufridos por el ejército, presiona por un cambio de estrategia. La contrainsurgente "guerra de baja intensidad", que impondrá en 1984, supone el salto a la 6ª fase.

### 6ª fase:

(1984-89)



La estrategia de "guerra de baja intensidad" supone la concepción, según la cual, la guerra es en un 90% política y sólo en un 10% de componente militar. Ese viraje estratégico por el que vino pugnando Estados Unidos se vio sin duda favorecido por la victoria electoral de la democracia cristiana en 1984. El gobierno de Duarte, efectivamente, se lanzó a impulsar una ambiciosa línea de penetración de las zonas de influencia y bases de simpatizantes de la guerrilla, primero con el Plan "Bienestar para San Vicente", después a nivel nacional, con algunos retoques, mediante el Plan Unidos Para Reconstruir, UPR, y tiempo más tarde con la Comisión Nacional de Restauración de Areas, CONARA. En segundo lugar,

el intento de reactivar la economía del país, basándose en el control de la franja central del territorio, y propagandizando entre el sector privado la idea de que "se puede convivir con la guerra". La intención última de la nueva estrategia integral del gobierno era aislar al FMLN en las montañas de la franja norte, concentrando el esfuerzo militar en expulsarlo de otras zonas y pasar posteriormente a desgastarlo, una vez cortados sus vínculos con la población de las regiones más pobladas y de mayor vida económica. Paralelamente emprendió una ofensiva a nivel diplomático, parte de la cual sería la oferta de diálogo planteada en la Asamblea General de Naciones Unidas, en octubre de 1984.

El FMLN, por su parte, comprendió pronto la peligrosidad a largo plazo de este complejo esquema contrainsurgente, y se aprestó a darle respuesta a cada uno de sus componentes. En primer lugar, abandonó su anterior táctica de operar con grandes columnas militares e hizo un gran esfuerzo por adaptar a sus combatientes a un retorno a las pequeñas y muy móviles unidades guerrilleras, con la línea estratégica de extender las operaciones bélicas a todo el territorio, según un diseño de guerra de desgaste. Ahora el guerrillero sería también agitador, propagandizador y organizador. Además de las tácticas irregulares, la insurgencia desarrolló también una línea de sabotaje sistemático, para evitar la normalización de actividades productivas y la posible reactivación económica que pretendía su enemigo. En tercer lugar, desarrolló mucho más su pensamiento de negociación, formulando nuevas y más atractivas ofertas, a fin de ampliar sus espacios internacionales y mantener abierta la opción de una salida negociada al conflicto.

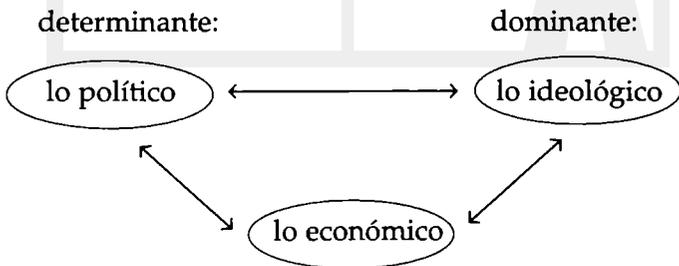
Visto en su conjunto, la dominancia que ejerce lo político en esta fase genera una suerte de politización de la guerra: la conducción estratégica de la misma debe tomar mucho más en cuenta los factores de tipo político, que se revelan como los más decisivos y se produce así lentamente una transformación en la ideología de las partes. A ello contribuyó de manera decisiva la apertura del diálogo, el cual dejó de ser política declarativa y pasó a tener realidad. Se realizarían intercambios de prisioneros, se acordaría respetar a los familiares de los contendientes, incluso llegó a plantearse permitir la actividad de los cuadros políticos que no participasen de manera directa en las hostilidades. La posibilidad

de avanzar en dirección a una "humanización" de la guerra, tanto respecto al trato de los combatientes capturados o heridos, como a medidas para preservar a la población civil, empezó a ser seriamente discutida.

Dos conceptos influenciarán decisivamente el pensamiento político-ideológico del FMLN: el de situación de *doble poder*, que daba pie a concebir de una nueva forma la naturaleza y vía de acceso al mismo, puesto que éste podía "ser tomado" pero también podía "ser creado"; la tesis del equilibrio o *empate militar*, que fue primero rechazada por la insurgencia, pero después retomada como base para fundamentar la necesidad de negociar "en igualdad de condiciones". Después del esfuerzo supremo de la ofensiva de noviembre de 1989, estas ideas cobrarían nuevo impulso, concibiéndose como objetivo mínimo o victoria parcial la apertura de la negociación. De parte gubernamental la transformación ideológica sería más lenta, por lo que fue la presión internacional la que jugaría el papel decisivo en un inicio para su aceptación del proceso negociador. Pero la extrema dependencia del financiamiento externo, y la constatación del grado de "cansancio de la guerra" que el régimen percibía entre la población, lo convenció de lo irrealista de oponerse a ello. Es así cómo la dinámica política, y más específicamente la política de negociación, llega desde su calidad de factor dominante a contraponerse a la dinámica militar que la había sobredeterminado, abriendo espacio al elemento ideológico que asumirá en el siguiente período el papel dominante de la coyuntura.

7ª fase:

(1990-92)



Una vez instalada la mesa de negociación en Ginebra, bajo los auspicios de Naciones Unidas, el proceso entra a la siguiente etapa en la que pasará a dominar la escena lo ideológico, las transformaciones ideológicas en el pensamiento político de las partes, desde la sobredeterminación que ejerce la negociación, factor político determinante del período. El elemento militar tiende a quedar fuera en su carácter determinante anterior: serán ahora los avatares en la negociación los que determinen el recrudecimiento o disminución de las hostilidades, con el objeto de buscar ventajas en la mesa o de distensionar el ambiente para favorecer un acuerdo. Esa dinámica —invertida respecto lo que había sido antes, cuando la política de negociación estaba al servicio de la estrategia militar, en función de determinados objetivos bélicos— será la que se impondrá a partir de 1991. Lo militar como sobredeterminación ha sido sustituido por el elemento político; en este período, asimismo, los dirigentes políticos de cada bando se impondrán frente a los mandos puramente militares.

La guerra ha demostrado ser, ante la conciencia de sus propios protagonistas, un fenómeno político. La comprensión de esa esencia política del conflicto permite, a los antes guerreristas, analizar ahora fríamente lo que se puede ganar y perder en la solución negociada, lo que se está dispuesto a conceder, lo que podría darse a cambio de algo, y lo que definitivamente es irrenunciable. La línea entre lo innegociable y lo concedible no es fija, sino que puede moverse y flexibilizar una posición, antes endurecida. Surgen nuevas ideas y nuevos enfoques, tanto en el seno de cada delegación, como en el intercambio entre las partes. En el proceso de negociación no sólo se intercambian ofertas, sino básicamente ideas y argumentos; la dinámica negociadora toma la forma de discusión política y debate ideológico. Hay una cierta eficacia del discurso, de la coherencia en la formulación del pensamiento y de la fuerza argumentativa. De tal manera, las partes se influyen mutuamente y logran acercamientos en sus posiciones, antes insospechados.

Se genera, por tanto, una dinámica específica en la esfera de la ideología, en la que del diálogo y discusión surge la motivación para fundamentar mejor la propia postura, o por modificarla, o por preparar una nueva posición, a menudo alterando viejos planteamientos político-ideológicos. Hay también una dialéctica

interna en la que el pensamiento político de cada parte desarrolla conceptualizaciones que modifican su anterior marco de referencia teórico, son planteadas nuevas ideas que significan un abandono de aspectos de su doctrina —que serán apartados ahora como dogmáticos—, enfoques novedosos que superan su rígida ideología inicial. De esa forma la dinámica ideológica, en su posición dominante, entra en oposición dialéctica con el factor determinante, lo político, transformando en forma apreciable fines, metas y objetivos que antes se habían tenido por inamovibles. Finalizada la negociación puede observarse que las partes han cambiado su concepto del poder, de cómo lograrlo y ejercerlo, de la finalidad última que persiguen con él, de cómo manejar la relación confrontación/concertación, de en qué forma entender el funcionamiento de un sistema político por el que se pronuncian unánimemente, como es la democracia, e incluso hay variación en la forma de concebir la naturaleza de su meta final, bien se llame socialismo o bien se diga economía social de mercado. En resumen, el factor ideológico demuestra su eficacia sobre lo político; la negociación como medio ha alterado dialécticamente el fin que se perseguía,<sup>6</sup> y, más allá de que cada parte mantenga su identidad y objetivos políticos diferenciados, la transformación en el pensamiento y el acercamiento de posiciones, el consenso en una serie de aspectos, es algo real capaz de sustentar sólidamente la solución política negociada.

A lo que la voluntad política no alcanza o a lo que el cambio ideológico no logra, viene en su auxilio el elemento económico, que empieza a ejercer un papel de refuerzo del factor dominante. Esto se efectúa, bien sea en forma de *presión internacional* por parte de las potencias aliadas, donantes tradicionales de ayuda durante la guerra y comprometidas ahora a financiar parcialmente el costo de la paz, bien sea en la modalidad de *incentivos* materiales o de ventajas económicas que las partes van a obtener con la concreción de la solución negociada. En este doble sentido, tanto la amenaza del corte de la ayuda económica o de su condicionamiento, como la oferta de financiamiento internacional a una serie de programas de reinserción, becas, reconstrucción, etc., muestran la entrada de lo económico en la escena.

Este tercero incide asimismo en la superación de determinadas

objeciones en las filas de cada bando, las cuales son atribuidas a la sobrepolitización anterior —y se insiste en “despolitizar” los temas—, o a la sobreideologización de antes —es necesario, se dice, “desideologizarse”—, o bien al militarismo precedente —y se postula la desmilitarización. Pronto, el elemento económico, del que tanto depende la posibilidad de concreción efectiva de los acuerdos de paz, empezará a mostrar su contradicción, no sólo con los postulados políticos, sino también con los principios ideológicos y con el sistema de convicciones y valores. Estos sostuvieron la moral de combate y de victoria de los contendientes, en el anterior tiempo heroico de las batallas por un ideal; pero la postguerra no se presenta fiel a los ideales ni amable con los idealistas, más bien se muestra dominada por los intereses y cooptada por los que buscan su particular interés. El factor económico aparecerá, efectivamente, encaramado en el lugar de factor dominante, de nuevo signo de los tiempos, en la primera etapa de la transición, en la inmediata postguerra.

#### 8ª fase:

(1992- ...)



La fase que se inicia durante 1992, en el transcurso del CEA, viene determinada por el factor ideológico, que muestra su eficacia en conseguir importantes cambios en las percepciones y actitudes políticas de los actores y de la población. La paz logra una alta credibilidad, ante la forma impecable como las partes respetan la tregua militar y, —a pesar de los retrasos y complicaciones en el cumplimiento de ciertos acuerdos—, por la evidencia de una voluntad política sincera y de un nuevo talante en las relaciones mutuas. La moderación, la tolerancia y la concertación, se ven realmente materializadas en la práctica política y no sólo en el discurso. Lo económico se pondrá en función de la paz y de la

transformación ideológica, mas empezará a desarrollar una relación contradictoria con dichos elementos, en la medida que condicionará la imposibilidad de cumplir puntualmente ciertos compromisos o propiciará la renegociación de algunos aspectos, lo que permitirá eludir una ejecución a cabalidad. Se alzará como factor dominante del nuevo período, centralizando las preocupaciones de la inmensa mayoría de ex-combatientes y militantes de las partes. La transición política aparece dominada por el signo de lo económico, por el mundo de lo privado, que constituye el opuesto dialéctico a lo público, a la preocupación por los asuntos de "la polis".

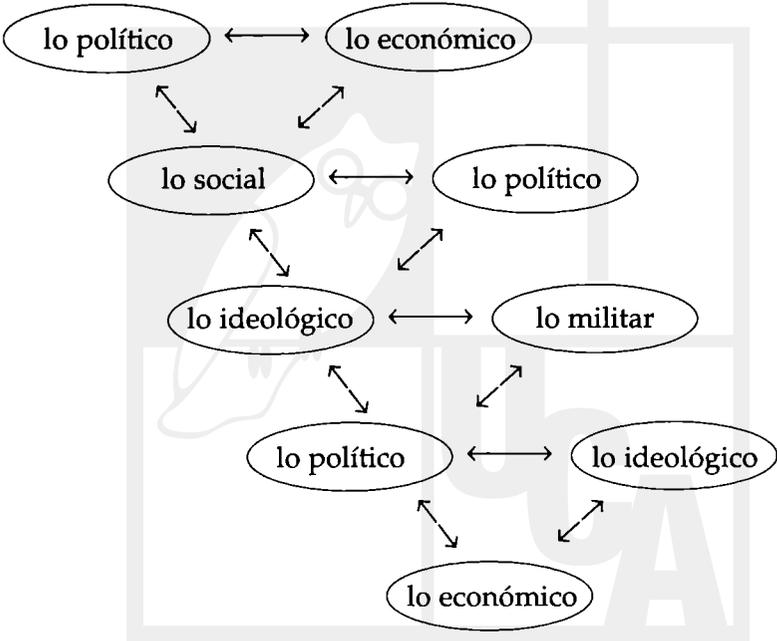
### III. Una segunda propuesta de calendarización

Si tomamos el movimiento dialéctico de estos 35 años de proceso histórico salvadoreño tratando de tener una visión de conjunto, nos puede ser útil formular una periodización de menor detalle, de trazo más grueso, en la que en vez de fijar la atención sobre 8 fases de corta duración, propongamos lapsos más largos de tiempo, que por lo tanto nos reflejarán más acusadamente los contrastes entre un período y el siguiente. Denominaremos *etapas* a los períodos correspondientes a esta segunda calendarización, como un recurso convencional, para distinguirlos semánticamente de las *fases* que describimos en la primera periodización. El criterio que seguiremos para determinar las etapas de nuestro proceso lo tomamos asimismo de nuestro método dialéctico. En nuestra propuesta anterior nos interesó mostrar detalladamente el juego dialéctico de unos elementos con otros y evidenciar el desplazamiento de cada determinación en segunda instancia —factor determinante— efectuado por la determinación en primera instancia —factor dominante. También nos aparecía el elemento tercero, la síntesis dialéctica del período, ubicándose como factor dominante, como nuevo signo de los tiempos, en la siguiente fase.

Ahora bien, siguiendo este minucioso procedimiento hemos obviado una regla habitual de la dialéctica: aquélla que dice que la *síntesis* surgida de la contradicción de los opuestos deviene posteriormente en la nueva *tesis*, es decir, el elemento tercero aparece después como primer elemento de una nueva relación dialéctica. O, si se prefiere, dicho en términos hegelianos: la negación de

la negación se constituye en la nueva afirmación, después de haber negado a la afirmación y a su correspondiente negación; pero desde su actual posición afirmativa generará asimismo su propia negatividad, configurándose una nueva tríada contradictoria, en un nuevo nivel del movimiento dialéctico de la realidad.

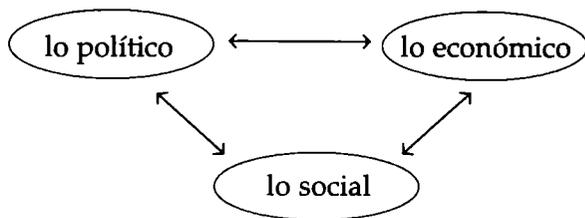
Lo anterior significa que en nuestra periodización deberíamos eliminar los pasos intermedios, las fases que aparecen con número par, de modo tal que la síntesis de la fase impar en lugar de entrar en el siguiente período como factor dominante o elemento segundo, quede ubicada como tesis, es decir, como factor determinante o primer elemento de la siguiente etapa. Según ese procedimiento, la secuencia dialéctica del período de 35 años de proceso histórico salvadoreño, adoptaría la siguiente forma:



Este sería el esquema general del movimiento dialéctico a lo largo de todo el período, desde 1960 hasta nuestra fechas, del cual se deduce nuestra *segunda periodización*, compuesta por 4 etapas.

## 1ª etapa

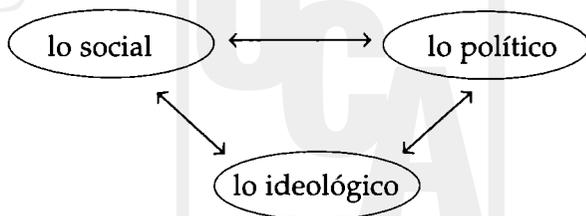
(1960-1972)



Esta primera etapa, que abarca unos 12 años, se constituye en la *etapa de la gestación de la crisis social* en el país, según lo indica la ubicación de lo social como síntesis de la oposición de contrarios entre los primeros dos elementos. El período ha estado dominado por lo económico, por la búsqueda y ensayo de un modelo económico nacional renovado, lo cual ha venido sobredeterminado por el factor político que con el objetivo de la estabilización realizó una apertura del sistema político salvadoreño. La *conflictividad social*, que brota de la contradicción entre esta dinámica política, —cuya meta aparece al final de la etapa como un *ideal* irrealizable—, y las condiciones concretas de la dinámica económica, —que en la conciencia colectiva pronto aparecerá como lo *real*, negador de aquel ideal político que se mira cada vez más irrealista—, aparece como resultado histórico de esta etapa del proceso salvadoreño, la cual, lejos de lograr la pretendida *estabilización* generó su opuesto dialéctico: la *inestabilidad*.

## 2ª etapa:

(1972-1979)

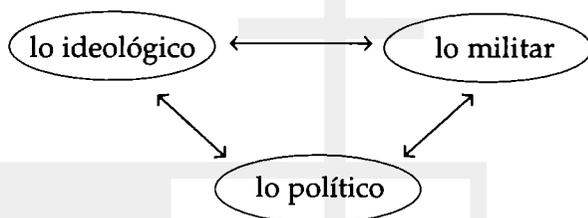


La síntesis se ha convertido en tesis, el resultado de la dinámica histórica de la década de los sesenta, la crisis social, aparece ahora como punto de partida, generando a lo largo de los setenta su propio desarrollo dialéctico. Domina la segunda etapa, que abarca hasta el final de la década, el elemento político, y efectivamente la

*politización creciente* será el nuevo signo de los tiempos. Esto viene sobredeterminado por el factor social, con el cual el factor dominante llegará a entrar en conflicto, pues la división en bloques políticos antagónicos no sólo dividirá a la sociedad, sino también a cada uno de los sectores sociales, en la medida que se produce la *sobreideologización* como fruto de dicha relación dialéctica. El elemento ideológico, la ideologización de la población salvadoreña, aparece como síntesis o resultado de este período, que podríamos llamar la *etapa de gestación de la polarización ideológica*.

### 3ª etapa:

(1980-1989)

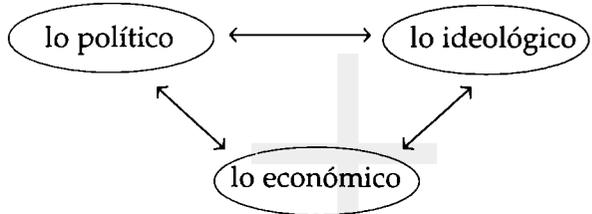


A partir de la sobreideologización se genera el militarismo, de modo que la *militarización* de la vida social y la realidad de la guerra presidirán esta etapa, tal como nos lo indican la ubicación de lo ideológico como elemento determinante, y de lo militar como factor dominante. Ahora bien, de la tensión dialéctica entre ellos surge a lo largo de la década de los ochenta el factor político, concretamente la política de negociación y la búsqueda de la solución política negociada, como elemento síntesis. Por tanto, desde el punto de vista de ese resultado, podría calificarse como *etapa de gestación de la solución negociada* al período o, si se prefiere, etapa de gestación del consenso por un nuevo proyecto de Nación. La guerra nos aparece así, desde la perspectiva ideológica y vista dialécticamente, como etapa *generadora de la paz actual*, el período invierte los términos y niega en su conclusión lo que fue su punto de partida. Lo militar ha desarrollado su contradicción con el elemento de sobreideologización hasta llegar a negarlo: son superados los escrúpulos ideológicos iniciales que motivaban en las partes su negativa a dialogar con la contraparte, las consideraciones de que "negociación es traición" o de que una lista de temas son "por principio" innegociables. La política de negociación cul-

minará negando a ambos, tanto al factor determinante como al dominante, y postulando afirmativamente la *desideologización* y la *desmilitarización*. Es así cómo al desarrollar la guerra, inadvertidamente, sus protagonistas estaban en realidad gestando la paz; de su accionar surgió la negación del signo bélico de los tiempos.

#### 4ª etapa:

(1990- ...)



Desde la instalación de la mesa negociadora hasta la concreción de la paz y la implementación de los diferentes compromisos, el factor político, \_y en especial la viabilidad de la solución política al conflicto y de la democratización—, determina grandes transformaciones ideológicas, colocando al factor ideológico en el lugar dominante de la etapa, como nuevo signo de los tiempos, que *niega el signo confrontativo* de la década precedente. Estos dos primeros elementos provocan el ascenso del factor económico a la escena histórica, el cual viene a apoyar la acción negativa de lo ideológico respecto a lo político. Efectivamente, la identificación ideológica con los ideales de *convivencia social, estabilidad política y gobernabilidad*, tiende a negar las diferencias políticas entre los adversarios, lo cual se acentúa por lo indiferenciado de las propuestas económicas a los grandes problemas nacionales.

La población salvadoreña tiende a ver como “lo mismo” al conjunto de la clase política, cuyas diferencias parecieran ser sólo de matiz desde un discurso que es básicamente homogéneo, lo que se refuerza por el lugar central de lo económico en el debate político, el cual adopta la forma de una discusión técnica, poco comprensible y poco motivadora para el gran público. De la polarización precedente se ha saltado a *lo indiferenciado*, síntesis negadora de la sobredeterminación política: la democracia tiende a percibirse vacía si no hay auténticas alternativas entre las que elegir, y la paz tiende a vivirse como algo estéril en la medida que no parece capaz de

dar solución a la grave problemática económica, que ha estado a la base del conflicto precedente. El pasado es rechazado tajantemente —esa “década perdida”, esa “guerra inútil”— pero también resulta cuestionado el futuro, que lejos de apuntar hacia la tranquilidad y la confianza, en la percepción colectiva empieza a mostrar el signo de la incertidumbre. La contradicción entre los tres factores, de una parte la tendencia a la indiferenciación política e ideológica, bajo el ideal de la concertación, del otro, la urgencia de respuestas económicas a la crisis nacional y social, preside dinámicamente la etapa actual.

#### IV. Caracterización ideológica de la transición.

A lo largo de 1992, en el transcurso del proceso de cumplimiento de los acuerdos de paz, se desarrolló la contradicción dialéctica entre lo político, lo ideológico y lo económico. Este último, que ha entrado en escena por impulso de las transformaciones ideológicas, factor dominante del período anterior, agudiza la oposición de éste con la sobredeterminación del factor político. El componente ideológico había conseguido la transformación del anterior interés clasista —de la identificación de las partes en conflicto con los intereses de determinados sectores sociales— hacia una genuina búsqueda del *interés nacional*, superador de sus mutuas diferencias y de su parcializada concepción de lo patriótico. Pero ahora el influjo de lo económico frustrará esa intencionalidad, realizando una *doble negación* por la cual ni el compromiso clasista ni el patriotismo de la prioridad nacional, sino *el interés particular*, el énfasis en *lo privado* y la promoción de *lo individual* serán los que demostrarán estar dominando la escena. La solución negociada, como demostración de voluntad patriótica y de generosidad política de las partes, encontrará negada su credibilidad a los ojos de la población y de las bases de ambos bandos, al resultar la implementación práctica de los acuerdos impregnada por intereses económicos particulares.

El factor económico, aunque sigue siendo *objetivamente* un sostén indispensable del Acuerdo de Paz y de los cambios ideológicos, *subjektivamente* empieza a generar efectos contradictorios, negando en la percepción colectiva su autenticidad: había sido positivamente reconocida la transformación de los antiguos valores, convicciones

e ideales, mas no será aceptado que ellos estén siendo sencillamente apartados a cambio de cuotas de poder, puestos y carreras políticas particulares e intereses materiales. La conciencia colectiva percibe que el *idealismo clasista* no resulta trocado en un *idealismo patriótico*, sino que lo es por el *realismo* y el *pragmatismo*.

Por otra parte, desde la nueva preeminencia de lo económico, del mundo de lo privado, resulta irremisiblemente frustrada la meta de la *reconciliación*. Esta, en esencia, consiste en el reconocimiento del otro bando, a partir de reconocer que tiene de común con nosotros el mismo idealismo nacional que a uno lo inspira y aceptar como verdadero el fondo de patriotismo que ha animado a ambos en la lucha.<sup>7</sup> De ese reconocimiento es que puede surgir la auténtica reconciliación, posibilitadora de la verdadera re-unificación de la sociedad, re-unida en torno al objetivo superior de la Nación. Pero el proceso es desviado de esa primera prioridad —tras la que se mantenía como motivación central al *Estado* y a la disputa real del poder político— y desvirtuado hacia otras preocupaciones que giran en torno a la *sociedad civil* —categoría en la que se centrará la moda sociológica del momento, lo que es coherente con la preeminencia dada a la reinserción de los combatientes a la vida productiva, al autosostenimiento económico como partidos y como personas, a la generación de un imaginado polo económico popular alternativo, etc. De esa forma, la reconciliación resulta devaluada en una aparente *afinidad* entre las partes, resultante de la mutua *complicidad*, a partir de la cual se postula implícitamente que “todo es negociable”, aunque “todo tiene un precio”. Antes de haberla adquirido, la reconciliación ha sido ya ofrecida en venta.

Lo que puede observarse como resultante de las decisiones políticas de alto nivel y de la acción de los dirigentes, se ve reforzado por la tendencia general que protagonizan bases y ex-combatientes. Una vez finalizada la guerra ha llegado el momento de bajar de las montañas, de dejar los cuarteles, de abandonar el campamento, de salir del puesto de funcionario de contrainsurgencia o de acabar con la tarea clandestina. Cada quien busca lo que dejó al incorporarse a la lucha: familia, amigos, vecinos y conocidos... Es el emocionado reencuentro con los hijos, con el cónyuge, con los padres... y también el regreso a la casa, la recu-

peración de los bienes perdidos, la pregunta por la propiedad abandonada. Quien todo lo dejó y estuvo dispuesto a sacrificarlo todo por su patria, ahora se preocupa por su patrimonio. El ideal de un futuro personal ligado y fundido con el futuro de la Nación es hoy un espejismo del pasado, mientras el futuro se mira ahora en dimensiones estrictamente individuales.

Se ha pasado bruscamente de la *épica*, a la *prosa*; del abanico de vistosos colores del combate valeroso, a la paleta gris uniforme de la lucha diaria por el sustento y la sobrevivencia. El *guerrero* se ve compelido ahora a retornar a su origen *agricultor*, a dejar de soñar en campos de batalla o en cosechar victorias militares, y a preocuparse del cultivo de su parcela y del pago del préstamo de la próxima cosecha. Jefes, mandos y estrategias militares luchan por convertirse en cuadros políticos o en gerentes de algún proyecto, en administradores o en empresarios. La paz conquistada a tan alto costo no resulta ser la hora triunfal de los *héroes*, sino la del ascenso meteórico de los oportunistas, la hora del dominio de los *mercaderes*.

La audacia en el combate o la agresividad del asalto, el valor y el heroísmo, son virtudes que resultan anacrónicas y ya no sirven en los nuevos tiempos. Ahora triunfa el cálculo y la ambición, la astucia, el saber rodearse de socios poderosos, el apoyo de buenas relaciones y la zancadilla al competidor. Quien no se adapta a eso, pierde. El compañerismo, la solidaridad y el espíritu de grupo se inclinan ahora ante la supremacía con que aparece el individualismo, la pelea por lo propio y la viveza. La anterior abnegación, que era negación de sí mismo, disposición al mayor sacrificio por una causa y por un ideal, se ha convertido en *su contrario dialéctico*, en egoísmo, competencia y afirmación extrema de lo particular. El nuevo signo del período produce una suerte de "*privatización de las conciencias*", que encaja ideológicamente con el planteamiento global de privatización que impulsa el sistema con el proyecto neoliberal. De ahí que la derecha, —que salió golpeada políticamente con la firma de los acuerdos, constreñida a ceder parte de su tradicional poder omnímodo—, no se sienta sin embargo derrotada ideológicamente, más bien al contrario.

Consecuencia de todo ello es el sentimiento generalizado entre la base social organizada de la izquierda de des-encanto, des-ilu-

sión y des-engaño.<sup>8</sup> También se explica que la tendencia más extendida entre la población sea el *desinterés por la política* —que se hizo evidente durante la campaña y en las jornadas electorales—, pues deja de interesar “la polis”, la comunidad, lo público, en la medida que crece la des-confianza hacia “los políticos”. En estos tiempos de transición la política es vivida por los ciudadanos como algo extraño, *ajeno*, en un retorno a la enajenación o alienación, que es peculiar, pues ésta se da desde una posición no ingenua, sino experimentada y consciente, que sigue revelando gran perspicacia política en el pueblo salvadoreño, pero que refleja asimismo que éste “ha dejado de creer”, sin haber llenado el hueco dejado por su anterior convicción.

El ejercicio de la política tiende a desvalorizarse en la misma proporción en que ésta se identifica con *una técnica* (según la concepción de Maquiavelo, siempre actual), con una profesión especializada, con algo reservado a una élite. Los que se consideran pertenecientes a “la clase política” aceptan como válida esa percepción colectiva, se miran a sí mismos como parte de “la clase dirigente” —algunos aspirando a llegar a ser de “la clase dominante”— y conciben cada vez más la tarea de gobierno como una función de *administración*, y no ya como real ejercicio del poder. Parte de esa tendencia será la sobrevaloración de ciertos criterios de *eficacia* y *pragmatismo*, de “dar” con soluciones prácticas a necesidades específicas, dejando de lado cuestiones como la orientación estratégica y el carácter trascendente de una política; no sería tarea del político, —según esa concepción, que reduce la política al “arte de lo posible”—, ocuparse de lo trascendente, de lo que apunta a rebasar el marco existente y a transformar el orden social predominante, con lo que de hecho se limita su acción a “lo intrascendente”.

Con ello, las diferentes opciones partidarias se asemejan cada vez más unas a otras, presentan simples contrastes de matices, diferencias de acentos, distinción en los énfasis, dejando de ser reales alternativas diferenciadas y diferenciables. Se apela más a la trayectoria de cada fuerza política y de cada líder, y a su imagen respectiva —“sigamos mejorando”, “usted ya nos conoce”, “un hombre honesto, capaz, trabajador”, etc.— que a la argumentación de una oferta política concreta o a la defensa de un proyecto político

definido. En el afán por desideologizar a la política, se llega a extremos incluso absurdos, como plantear que el mejor político es aquél que nunca ha participado en política, proponer que el partido debe postular al independiente que ha permanecido desvinculado de cualquier partido, o defender que el mejor candidato para asumir un liderazgo político es... un empresario!

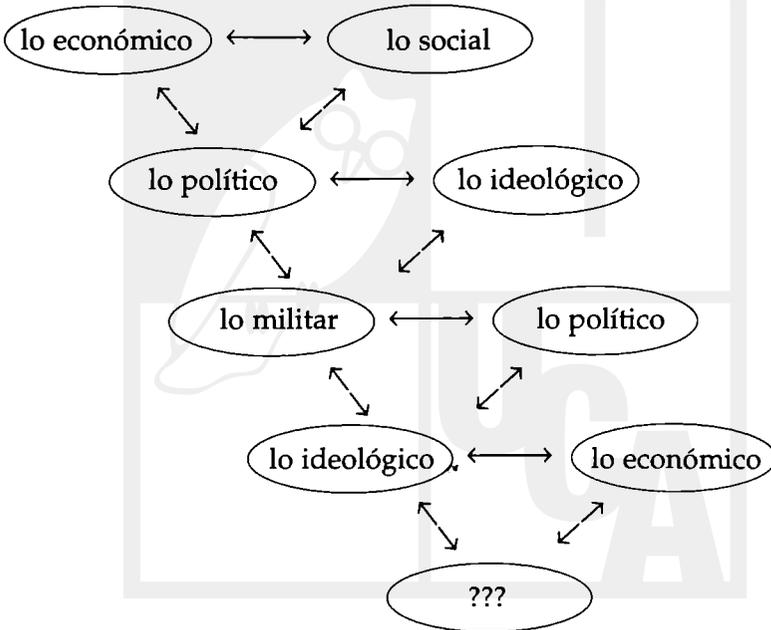
Este es el cuadro ideológico que ofrece por ahora la transición, que aparece como “el momento económico” en el conjunto del proceso histórico que venimos analizando, con bastantes paralelismos con aquél período de los 60, con el que decidimos empezar nuestro análisis sobre la trayectoria ideológica que ha seguido la conciencia colectiva en El Salvador. Se mantiene firme, por ahora, el signo dominante de lo particular y lo privado, y no puede aún percibirse con claridad qué otra dinámica va a ser incorporada a la escena como tercer factor o elemento síntesis, interactuante con los factores determinante y dominante, y futura negación de ambos, llamado a desplazar al actual signo de los tiempos. Trataremos de decir algo al respecto —a partir de las pistas que deja sugeridas una tercera periodización, que vamos a proponer a continuación— puesto que identificar el factor que complete la tríada dialéctica de nuestro tiempo, podrá indicarnos la dirección en que se mueve la actual transición salvadoreña. Tiempo éste de *ganancia*, en la paz y en la concreción de la democratización, pero también de *pérdida*, en valores y convicciones; tiempo de paz y esperanza, pero también un tiempo de mucha inseguridad e incertidumbre.

## V. ¿Hacia dónde va la transición?

Proponemos una tercera lectura a este período tan decisivo de nuestra historia, el nuestro, convencidos de que, como bien podría decir Ellacuría,<sup>9</sup> el proceso puede “dar más de sí”, y a quien lo mira dialécticamente le ofrece ricas y variadas facetas. Esperamos con ello ofrecer una presentación diferente del mismo “despliegue” de lo real, al tiempo que resolvemos en forma coherente un problema metodológico implícito en nuestra descripción de la segunda periodización. La cuestión es que, puesto que el proceso histórico es un íntimo encadenarse mutuamente unos períodos con otros, lo que denominamos tiempo histórico —para distinguirlo del tiempo biológico, del geológico o del físico— posee en esencia

la continuidad, por lo que cualquier calendarización toma como punto de partida un momento que es siempre sólo en forma relativa "un inicio". Podría con igual legitimidad empezarse antes o después una periodización coherente.

En nuestro caso, procedimos a eliminar, para construir nuestra segunda periodización, las fases pares de una calendarización que partía de 1960: ¿qué ocurriría si en vez de adoptar ese momento como punto de partida, hubiésemos iniciado el análisis en 1969, es decir, desde la conflictividad social consecuente, sin incluir el origen de la misma en nuestro objeto de estudio? Lógicamente, al eliminar el primer período, las fases invertirían su numeración, resultando ahora las impares con número par. De ahí deriva una cadena dialéctica diferente a la descrita en la segunda periodización, la cual debe ser asimismo analizada, forzándola a que "nos hable" y nos ofrezca su particular "verdad".



El proceso salvadoreño, tomado desde 1969, tiene un desarrollo dialéctico cuya secuencia queda representada en este esquema. En

él las diferentes dinámicas que han jugado un papel destacado, quedan agrupadas en dos líneas diagonales que avanzan paralelamente. En la de la izquierda —donde aparecen en el orden: lo económico, lo político, lo militar y lo ideológico— se ubica la sobredeterminación o determinación en segunda instancia, a la que también llamamos el factor determinante. La diagonal de la derecha corresponde a la determinación en primera instancia, a la que denominamos el factor dominante —papel que han jugado sucesivamente: lo social, lo ideológico, lo político y lo económico—, el cual, según plantea nuestro método de análisis, configura el signo de los tiempos correspondiente a cada etapa del proceso.

Pues bien, lo que nos interesa destacar es el cambio o movimiento dialéctico, generado en la relación mutuamente contradictoria de los elementos que aparecen en la secuencia. Debemos, para ello, centrar la atención en la diagonal derecha, hacer una lectura desde el factor dominante en cada período, pues éstos nos darán la clave para comprender la negatividad desarrollada frente al factor determinante de la época y la superación de la etapa mediante la potenciación del elemento síntesis, negación de la negación, que aparece situado en el vértice inferior de cada triángulo invertido con el que queda representada la tríada dialéctica de ese tiempo.

Podemos, de tal forma, observar cómo desde la dominancia de lo social, a partir de la alta conflictividad social de principios de los años 70, resultó rechazado el ensayo por recambiar el modelo económico a nivel nacional, con lo que el proceso avanzó *hacia* la polarización política y la sobrepolitización. En la siguiente etapa el signo de los tiempos corresponde a la polarización ideológica, a la sobreideologización; a partir de, aproximadamente 1975, es el signo del fanatismo y de lo irracional, el que vino a refutar la posibilidad de estructurar alternativas viables y proyectos políticos racionales, lanzando al proceso *hacia* la militarización y a la absoluta irracionalidad de la guerra civil. Pero la misma dinámica militar precisará desarrollar políticas a su servicio, hasta incluir a las políticas de diálogo-negociación y a las de democratización-elecciones, las cuales terminarán negando y rechazando, tanto el autoritarismo e intolerancia del régimen político imperante, como la prolongación del conflicto y su sobredeterminación militar. La dinámica de concertación-negociación, impulsada en un inicio desde la voluntad

de victoria militar y desde la realidad de la guerra, una vez se vuelve dominante y se constituye en el nuevo signo de los tiempos, enfrenta la intolerancia y confrontación que la han sobredeterminado, empujando el proceso *hacia* el cambio ideológico, síntesis superadora de la etapa bélica precedente.

Una cuarta tríada dialéctica empezará a configurarse desde mediados de 1992, donde la transformación ideológica juega el papel de factor determinante, mientras el signo económico, el mundo de lo privado y particular, aparece dominando la actual etapa y contrapuesto dialécticamente a su sobredeterminación, negándole credibilidad a la "verdad" del cambio y al ideal de democracia, estabilidad y gobernabilidad. Lo interesante de esta tercera periodización es que nos deja "abierto" el tiempo de transición, aparece en ella como signo de interrogación el elemento tercero de la última etapa, la futura síntesis superadora, en correspondencia con lo que realmente en la actualidad está formulado por los tiempos como interrogante: *¿hacia* dónde se encamina la transición?

Aunque compartimos con Hegel su rechazo de que el análisis histórico pueda adjudicarse capacidad de predicción, sin embargo creemos que a partir de un adecuado *diagnóstico* de la realidad, de lo "ya realizado", puede haber una cierta percepción de hacia dónde apunta el "despliegue" de tal realidad en el futuro inmediato, de cuáles son las tendencias predominantes de la dinámica dialéctica, de su lógica de desarrollo; es decir, nos pronunciamos por afirmar la posibilidad que ofrece "el saber" sobre el proceso, de cierta capacidad de prognosis o *pronóstico*. Con las naturales prevenciones con que debe leerse nuestro aporte al respecto, creemos que merece la pena asumir el riesgo de ofrecer nuestra palabra sobre lo que está todavía en un devenir, en un desplegarse, a modo de tratar de influenciar la acción colectiva necesaria y promover que ésta sea lo más consciente y responsable posible. De ahí nuestra osadía de pretender nombrar el futuro, decir su signo, descifrar su enigma y ubicar concretamente dónde queda su horizonte.

Percibimos dos grandes tendencias, fruto de la actual tensión dialéctica y, con ellas, la posible configuración de dos distintos escenarios para el futuro próximo inmediato. La primera posibilidad es el advenimiento de *lo social* como la dinámica impulsada

a ocupar el lugar del tercer elemento de la tríada en tensión dialéctica con lo ideológico y lo económico, factores determinante y dominante de la época, respectivamente. Es decir, a partir de la contradicción que hemos descrito, por la que tiende a negarse, desde la predominancia de lo económico, la credibilidad en los cambios ideológicos protagonizados por los actores políticos principales, podría desarrollarse en mayor medida la frustración en determinados sectores sociales. Estos, no sintiéndose representados por las fuerzas políticas organizadas, tenderían a lanzarse espontáneamente a la acción, a fin de exigir la concreción de demandas y reivindicaciones que consideran urgentes y vitales.

En el cuadro que hasta hoy ofrece la transición, este resurgir del movimiento social tendría probablemente un carácter anárquico, no orgánico, ajeno a estrategias, planificación o conducción desde los partidos. Su aparición sería más bien fruto de la desconfianza y la decepción con que son vistas las dirigencias que negociaron la paz, acusadas de medrar económica y privadamente, mientras para las grandes mayorías la transición representa una dura postguerra llena de privaciones. En este sentido, *la lucha social* como factor síntesis representaría la auténtica negación del factor ideológico determinante y la negación de la negación, respecto al factor económico dominante. Determinada desde lo económico, —como consecuencia de la explosiva combinación de desesperación económica e indignación por los privilegios de que disfruta la “clase política”—, la nueva problemática social podría estallar con signos de violencia incontrolable, sorda a los llamados de los dirigentes políticos a la cordura y la moderación, indiferente a los lamentos por la “paz social” perdida y a las exhortaciones por permitir la estabilidad y gobernabilidad del país. Su búsqueda habría justamente provocado su propia negación, tendiendo a ser la *inestabilidad e ingobernabilidad* los que apuntarían a apoderarse del signo de los tiempos. Es decir, la negociación no habría traído al mediano plazo una paz verdadera sino una nueva variedad de violencia social generalizada; al tiempo de *revolución* no estaría sucediendo una época de reforma, sino un tiempo de *revuelta*. No sería éste una repetición del pasado ni un retorno a la situación de la guerra, no sería una realidad de insurgencia y campamentos guerrilleros, sino más bien un cuadro de acciones de hecho para resolver necesidades

concretas, tomas de edificios, instituciones o propiedades rurales, destrucción de los símbolos del poder, asaltos a supermercados, saqueo a negocios y enfrentamiento ciego contra las "fuerzas del orden". Un paisaje más similar a los sucesos acontecidos en varias ciudades latinoamericanas, donde la turba hambrienta y no las autodenominadas vanguardias políticas se adueñaron de la calle y pusieron en jaque al sistema, sin ceñirse a estrategias ni plantear alternativas.

La materialización de tal escenario, —que estamos intencionalmente describiendo con ribetes apocalípticos—, sería evidentemente desastroso para las aspiraciones de convivencia y progreso social, y peligroso en sumo grado para la supervivencia de un marco mínimamente democrático en El Salvador, e incluso para su viabilidad como nación. Esta evolución, con tintes dramáticos para el futuro del país, no es, afortunadamente, nada a lo que fatalmente estemos abocados. Es evitable o, al menos, atenuable en sus dimensiones y efectos destructivos para la realidad nacional. Estar conscientes de que tal peligro existe y actuar en consecuencia, puede minimizarlo, lo cual es, en definitiva, el propósito de nuestro llamado de alerta. Ello va en interés, no sólo de las mayorías populares y de las fuerzas políticas de izquierda, sino también de la derecha, de los empresarios y de la nación toda.

De lo dicho hasta ahora se desprende que el segundo escenario que vislumbramos como posible, la segunda gran tendencia que nos parece observar en el proceso actual, se constituye en una concreta alternativa, posiblemente la única, de eludir la primera eventualidad, de la que lamentablemente ya tenemos varios hechos que podrían considerarse antecedentes o síntomas de su gestación real. En este segundo caso se trataría de que *lo político* ascendería al rango de síntesis del período, con una evolución muy distinta de los acontecimientos. Si la izquierda política organizada reacciona y —sacando lecciones de lo actuado y de lo errado en estos últimos dos años— *rectifica*, asumiendo en forma coherente la re-construcción de una auténtica alternativa a ofrecer al pueblo trabajador, será factible nuevamente poder canalizar a través suyo las fuertes tensiones que atraviesan el tejido social salvadoreño, catalizando las esperanzas y expectativas populares en una propuesta política que pueda "hacer suya" la base social potencial, hoy distanciada

de la izquierda y de la política.

Que el proceso vaya a tomar por este rumbo depende, en primer lugar, de que la izquierda efectúe una verdadera *autocrítica*. Deben ser urgentemente corregidos los casos más escandalosos de corrupción y arribismo, aplicando las mismas medidas contra la impunidad que en su momento se le exigieron a la contraparte. También se hace preciso una revisión a fondo y sincera del pasado —el de la guerra y el anterior— que pueda fundamentar un auténtico *proceso de rectificación*, que vaya a las raíces mismas de la deformación en el pensamiento y en los métodos, a fin de *depurar* el historial de la izquierda salvadoreña y de presentarse limpia de cara al futuro. No bastan las expresiones, más propagandísticas que sinceras, de andar “pidiendo perdón”, las palabras de “arrepentimiento” o de “autocrítica” en forma general y abstracta de los errores del pasado.

“Fue peor que un crimen, fue un error” —afirmó en una ocasión Napoleón Bonaparte. Quien fue simultáneamente general, revolucionario, político y estadista, comentando un suceso de su época, sintetizó con esa frase su particular visión de “la razón de Estado”. Nuestros —hasta hace poco infalibles— dirigentes revolucionarios cambiaron su discurso para manifestar su voluntad de hacerse la autocrítica de “los errores” del pasado. No deberían olvidar que, al contrario de lo que dijera Napoleón, *un crimen siempre es peor que un error!* El pueblo aceptará siempre y estará dispuesto a disculpar que sus dirigentes cometan errores; pero no va a perdonar fácilmente que a su nombre se incurra en crímenes. La confesión de los crímenes del pasado y la autocrítica concreta de los errores, no asegurará que no se pueda incurrir en nuevos errores, pero debería al menos ser una garantía de que no se cometerán nuevos crímenes.

Ahora bien, recapacitando sobre la célebre expresión del genial estratega de la revolución francesa, debemos concederle su parte de razón: hay errores cuyas consecuencias son tan nefastas, que son comparables, por su dimensión, a un crimen. Por ejemplo, el pragmatismo actual —que raya en el cinismo, en algunos casos— es la muerte de la utopía, la asfixia del sueño, el hurto del horizonte de esperanza que necesita nuestro pueblo pobre “desespera-

damente" para poder sobrevivir. La poesía de la revolución agoniza ante el discurso cínico del pragmático, para quien todo es negociable y en todo busca su particular ganancia. En ese sentido, y en reivindicación póstuma del genial intelectual orgánico y revolucionario que fue Roque Dalton, cabría señalar con contundencia implacable que resulta comparable en su gravedad el haber asesinado al *poeta*, como el estar matando ahora a la *poesía*; si al crimen cometido a nombre de los principios se le pretende denominar ahora "error", entonces llamémosle "crimen" al absoluto abandono actual de los principios, que amenaza dejar al pueblo salvadoreño *sin poeta y sin poesía*.

Para que la izquierda se reivindique, para que realice una verdadera *reconciliación* con su pueblo y con sus bases, hace falta ese proceso de rectificación, una especie de "perestroika" a la salvadoreña, que genere sinceridad, transparencia y participación. Ligado a ello está la necesidad de un proceso de *definición*, un aclarar las aguas, hoy mezcladas; que el sector que reniega de su origen y de su esencia, que manifiesta no ser ni querer ser izquierda, encuentre su propio camino y su definición, dejando de incidir en la pretendida e inexistente "unidad" y de arrastrar en sus propias vacilaciones y bandazos al resto de la izquierda.

Será más fácil llegar a acuerdos y caminar juntos en alianza después de una separación, principalmente si se efectúa con la madurez suficiente para que ésta no sea traumática, que no deje heridas ni feas cicatrices. Un reacomodo del conjunto de la izquierda, un inesquivable *reagrupamiento*, una vez superada la importancia exagerada que en su tiempo se le dio a las formas de lucha, a la participación o no en la lucha armada, será lo más saludable. Hay en el país una compleja estructura social y suficientes elementos objetivos y subjetivos para que coexistan, y se mantengan, una expresión de *signo reformista*, de evolución gradual dentro de los márgenes del sistema, de un lado, y del otro, una opción de *signo revolucionario*, que sin colocar en el centro la cuestión de la violencia revolucionaria, estructure una estrategia de ruptura, una línea que tienda a trascender el actual sistema de capitalismo dependiente. Ambas tendencias deben tener cabida en el espectro político nacional y ambas tienen derecho a reclamar su lugar en el marco del sistema democrático que viene configurándose.

Una izquierda reagrupada orgánicamente, separada, no tiene por qué ser más débil; al contrario, la indefinición, el debate interno permanente y las pugnas por incidir en la determinación del rumbo a seguir, han sido las causas que más han contribuido a paralizar y volver inoperante a la izquierda salvadoreña, principalmente a partir de la firma del Acuerdo de Paz. Con la división la izquierda se enriquece y crea condiciones para potenciar su desarrollo; va a poder superar más fácilmente la crisis de definición, la ausencia de programas coherentes y de una opción clara a ofrecerle a las bases y al electorado. Desde un punto de vista dialéctico, ambos polos, la reforma y la revolución, se necesitan mutuamente a fin de alcanzar cada uno su propio desarrollo y de precisar sus límites y su posición específica. La dialéctica de la competencia política, la dinámica de la vida, dirá su palabra sobre los aportes y méritos de una y otra, de su grado de fortalecimiento y credibilidad frente al pueblo salvadoreño, juez y parte en el juicio de la política.

La lección que ambas izquierdas, la reformista y la revolucionaria, tienen pendiente es la *democratización*. Se entiende que en medio de la guerra civil, cuando predominaban las estructuras militares, la militarización de los partidos y, por tanto, las líneas verticales de mando y el autoritarismo, una democratización interna aunque fuera necesaria, resultaba improbable. En los nuevos tiempos de transición, *la democracia interna* se ha vuelto algo imperioso y urgente. Quien, en un marco democrático, carece de una estructura y de un funcionamiento interno democrático, queda en franca desventaja. No se trata, por tanto, de solamente una cuestión de principios —que lo es— sino también de la propia eficacia, incluso diríamos de la propia supervivencia política, de una cuestión de vida o muerte para la izquierda.

La paradoja actual es que la fuerza posiblemente más consecuente en su lucha por la democracia, la que más sacrificó en la conquista de la democracia, para tener éxito en este objetivo necesitó privarse a sí misma de democracia, forjar a sus militantes en una rígida disciplina y evitar la deliberación. Esa realidad interna muestra ahora su contradicción, una vez alcanzada la meta, pues no siendo en sí misma democrática, su futuro político en una democracia queda severamente cuestionado. De ahí la urgencia de superar tal contradicción, abriendo los partidos hacia la base,

exponiendo al debate colectivo y al enriquecimiento de ideas los documentos de línea y estrategia, y renovando cargos por medio de los mecanismos asamblearios. La responsabilidad de las dirigencias y cuadros intermedios es grande. Del futuro de la izquierda depende el del sujeto social por quien se dice luchar y, en definitiva, el futuro del país. El Salvador necesita que exista una izquierda —al igual que tiene necesidad de una derecha y de un centro— definitivamente en forma imperiosa, para evitar que el signo aciago de la anarquía y la violencia desenfrenada se abata sobre el país; se requiere que alrededor de un proyecto de izquierda se canalicen los tensionamientos sociales y pueda sobrevivir la esperanza.

### BIBLIOGRAFIA RECOMENDADA

- Achugar, H.: *Fin de siglo. Reflexiones desde la periferia*, en Herlinghaus, H./Walter, M. y otros, opus cit.
- Althusser, L.: *Sobre la relación de Marx con Hegel*, en Hyppolite, J. y otros: "Hegel y el pensamiento moderno", opus cit.
- Bloch, E.: "Sujeto, objeto. El pensamiento de Hegel", F.C.E., México, 1982.
- Bourgeois, B.: "El pensamiento político de Hegel", Amorrortu Ed., Buenos Aires, 1969.
- d'Hondt, J.: "Hegel, filósofo de la historia viviente", Amorrortu Ed., Buenos Aires, 1971.
- "De Hegel a Marx", Amorrortu Ed., Buenos Aires, 1974.
- Dirceu, J.: *¿Es la izquierda una alternativa para Brasil?*, en VV.AA., opus cit.
- Dussel, E.: "La dialéctica hegeliana", Ed. Ser y Tiempo, Mendoza, 1970.
- Ellacuría, I.: "Filosofía de la realidad histórica", UCA Ed., San Salvador, 1990.
- "Veinte años de historia en El Salvador. Escritos Políticos", 3 tomos; UCA Ed., S.S., 1991.
- García-Nieto, J.: "El futur democràtic es diu socialisme: la utopia necessària", Ed. Fundació Utopia, Cornellà de Llobregat (España), 1993.
- Guidos Béjar, R.: *El tiempo del adiós. La izquierda y el cambio social en El Salvador*; Polémica # 16, enero-abril 1992, FLACSO, San José.
- Goldman, L.: "Introducción a la filosofía de Kant", Amorrortu Ed., Buenos Aires, 1974.
- Handal, S.: "El socialismo: ¿una alternativa para América Latina?", Publ. Alternativa, S.S., 1991.
- Hegel, G.W.F.: "Fenomenología del Espíritu", FCE, México, 1966.
- "Lecciones de Filosofía de la Historia", Alianza Ed., Madrid, 1980.
- "Filosofía del Derecho", Juan Pablos Editor, México, 1980.
- Herlinghaus, H.: "Posmodernidad en la periferia. Enfoques latinoamericanos de la nueva teoría cultural"; Langer Verlag, Berlin, 1994.
- Hinkelammert, F.: *El enfrentamiento Norte-Sur y el socialismo del futuro*, en García-Nieto, J., opus cit.

- La crisis del socialismo y el Tercer Mundo*, Revista PASOS # 30, julio-agosto 1990, DEI, San José.
- Hyppolite, J.: "Genèse et structure de la Phénoménologie de l'Esprit de Hegel", Ed. Montaigne, Paris, 1956
- "Introducción a la filosofía de la historia de Hegel", Ed. Calden, Buenos Aires, 1970.
- "Hegel y el pensamiento moderno"; Ed. Siglo XXI, México, 1973.
- Keppeler, T.: "Revolution am Verhandlungstisch. El Salvador als Konfliktlösungsmodell für Lateinamerika?" Verlag für Interkulturelle Kommunikation, Frankfurt/M., 1992.
- LaFeber, W.: "Revoluciones inevitables. La política de Estados Unidos en Centroamérica", UCA Ed., San Salvador, 1989.
- Lechner, N.: "Los patios interiores de la democracia. Subjetividad y política", F.C.E., Santiago de Chile 1990.
- Lefebvre, H.: "Hegel, Marx, Nietzsche", Ed. Siglo XXI, México, 1976.
- Lukács, G.: "El joven Hegel y los problemas de la sociedad capitalista", Ed. Grijalbo, México, 1963.
- Marcuse, H.: "Razón y revolución. Hegel y el surgimiento de la teoría social", Alianza Ed., Madrid, 1971.
- Martín-Baró, I.: "Acción e Ideología", UCA Ed., S.S., 1992.
- Marx, K.: "Cuadernos de París", Ed. ERA, México, 1974.
- "Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850", Ed. Anteo, Buenos Aires, 1973.
- "El 18 Brumario de Luis Bonaparte", Ed. Progreso, Moscú, 1982.
- "Contribución a la crítica de la economía política", Ed. Progreso, Moscú, 1976.
- Mure, G.: "La filosofía de Hegel", Ed. Cátedra, Madrid, 1988.
- Ribera, R.: *¿De la locura a la esperanza? Reflexiones a propósito del Informe de la Verdad*, ECA # 534-535, abril-mayo 1993, UCA Ed., S.S.
- Rousseau y los fundamentos de la democracia en El Salvador*, REALIDAD económico-social # 35, septiembre-octubre 1993, UCA Ed.
- Transición democrática y proceso electoral*, ECA # 543/544, enero/febrero 1994, UCA Ed.
- Ribó i Massó, R.: *Valors ètics en el socialisme del futur*, en García-Nieto, J. y otros, opus cit.
- Samour, H.: *Marco teórico-político para la construcción de un orden democrático en El Salvador*, ECA #543-544, enero-febrero 1994, UCA Ed.
- Schaff, A.: "Humanismo ecuménico", Ed. Trotta, Madrid, 1993
- Sobrino, J.: *Reflexiones teológicas sobre el Informe de la Comisión de la Verdad*, ECA # 534-535, septiembre-octubre 1993, UCA Ed.
- Sterr, A.: "Ches Erben. Gespräche zur aktuellen Politik der Guerilla in Lateinamerika", ISP, Colonia, 1993.
- Tierno Galván, E.: "Antología de Marx", Ed. Cuadernos para el Diálogo, Madrid, 1972.
- VV.AA.: "América Latina en la transición", Coloquio Internacional de la Fundación Buntsitft; das Arabische Buch, Berlin, 1992.
- Villalobos, J.: "Una revolución en la izquierda para una revolución democrática", Ed. ArcoIris, S.S., 1992.

Weber/Campora: "Los espejos rotos. Reflexión conjunta sobre la actual crisis civilizatoria", Ed. Trilce, Montevideo, 1992.

Zamora, R.: *¿Es el acuerdo de paz en El Salvador una solución para la crisis del país y una oportunidad para la izquierda?*, en VV.AA., opus cit.

### Notas

1. Este artículo es un producto derivado del libro que estamos preparando: "GUERRA, PAZ, DEMOCRACIA. Un análisis dialéctico del proceso salvadoreño (1979-1994)". A la vez, cumple las funciones de material preparatorio para los Antecedentes de nuestra próxima investigación: "Elementos para una nueva cultura política de la izquierda en la transición salvadoreña".
2. Véanse, por ejemplo, "Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850", "El 18 Brumario de Luis Bonaparte", así como sus estudios históricos sobre España y Alemania.
3. "El modo de producción de la vida material condiciona el proceso de la vida social, política e intelectual en general. *No es la conciencia de los hombres la que determina la realidad, por el contrario, la realidad social es la que determina su conciencia*". (Marx, K.: Prefacio a la "Contribución a la crítica de la economía política").
4. Una anécdota ilustrativa es aquella que cuenta cómo Hegel contempló a Napoleón Bonaparte a caballo al frente de sus tropas, llamadas a derribar las estructuras feudales a lo ancho de Europa; esa misma noche el filósofo escribía en su cuaderno de notas: "Hoy vi al *espíritu del mundo* montado a caballo".
5. Véase Ellacuría, I.: *Imagen ideológica de los partidos en las elecciones de 1972*, "Veinte años de historia en El Salvador. Escritos Políticos", tomo III; UCA Ed., San Salvador, 1991.
6. "Al perseguir los *finés...* (que son singulares y efímeros), el ser humano inventa *medios* universales y duraderos. Pero estos medios suscitan a su vez nuevos fines. *Los medios proponen los fines*". Y también: "En la historia lo que los hombres *desean* es menos importante que lo que *hacen*, y no hacen sino lo que *pueden*." (d'Hondt, J.: "Hegel, filósofo de la historia viviente", Amorrortu Ed., Buenos Aires, 1971; pág.263).
7. En un pequeño comentario de publicación reciente aparece desarrollado, en una forma dialéctica, el concepto de *reconciliación*: "Del vendaval de odios desatados ha emergido al fin el consenso, el acuerdo, el abrazo de la reconciliación. Ha surgido el reconocimiento del otro y el reconocimiento de uno mismo en el otro, en tanto ambos se reconocen como partes de una entidad totalizadora y superior: la Nación. En la definición del interés nacional, en la búsqueda del bien común, en el amor a la patria, ambos bandos se reconocen al fin. Pueden verse a sí mismos como patriotas y al mismo tiempo intuir en el otro su mismo patriotismo; las dos partes reconocen la diferencia que los separa, pero también la identidad que los une, como salvadoreños, iniciando la transformación desde el odio fratricida hacia la unidad en la nación y en el amor patrio." (Romero y Ellacuría: *el santo y el sabio*, Carta a las Iglesias # 302, 2ª quincena de marzo, 1994; UCA).
8. Decíamos a mediados del año pasado, cuando ya era bastante evidente la

tendencia a la decepción en el proceso, que "...no es sólo que el proceso de liberación haya perdido su "encanto", o sea, la parte de romanticismo que todo auténtico movimiento de revolución genera. Se trata de algo más grave, como las mismas palabras expresan: además del "des-encanto" hay también "des-ilusión", "des-engaño", lo cual significa que hay una percepción de que anteriormente se vivió en la ilusión, en el engaño." (R.R.: *¿De la locura a la esperanza? Reflexiones en torno al Informe de la Comisión de la Verdad*, ECA # 534-535, abril-mayo 1993; UCA Ed.)

9. Utilizamos en este segmento algunas categorías propias del pensamiento histórico-filosófico de Ignacio Ellacuría, desarrolladas principalmente en su obra póstuma: "Filosofía de la realidad histórica", UCA Ed., San Salvador, 1990.

